

UNA CRUZ FRENTE A LA ERMITA

Sobre una columna de piedra existe frente a la ermita de Ntra. Sra. del Socorro una Cruz labrada en este mismo material, la cual ha protagonizado en el transcurso de los siglos numerosos hechos y leyendas. Es tradición que en la antigüedad este Cristo tuvo una gran veneración, siendo habitual que cuantas personas se acercaban al santuario se descubrieran y arrodillaran al pasar junto a él.

Especiales devotos de la Virgen del Socorro, y cómo no, de esta sencilla Cruz de piedra, eran los frailes del Castañar. A uno de estos clérigos, Fray Melchor Román, de Menasalbas se le apareció en varias ocasiones este crucifijo, como premio a su vida asceta.

Allá en el siglo XVI ocurrirá un hecho que causará un hondo pesar en la población. La querida Cruz de piedra desapareció una noche, trasladándose al Monasterio del Castañar. A la mañana siguiente, la turbación llegó a todos y nadie conseguía explicarse cómo podía haber ocurrido aquéllo, por más que se barajaban diversas conjeturas.

En el convento, la Cruz era la fuente de consulta de toda la comunidad, y muy especialmente de Fray Antonio Fernández, conocido como "el monaguillo". A él acudían solicitando consejo los Inquisidores de la Ciudad de Toledo, quedando maravillados de las soluciones que les daba a los problemas planteados. Fray Antonio, que no sabía ni siquiera leer, decía que todo se lo consultaba a su libro: El Cristo de piedra.

Anteriormente, otro franciscano, de los que por entonces residían en esta villa administrando los bienes que tenía aquí dicha Orden, Fray Francisco Martín Luengo, nos cuenta en su autobiografía, su costumbre de visitar todos los domingos y fiestas a la Virgen del Socorro, después de misa. Fray Francisco, con la autorización de su confesor, salió aquel año en la procesión de la Virgen tocando una campanilla delante, como acto de penitencia, quitándose también el ferreruelo o capa. Este hecho provocó las burlas de todos, pues habitualmente era un niño el encargado de tocar la campanilla. Este y otros actos de mortificación provocarían escándalo entre los otros frailes, profiriendo hacia el Hermano Franciscano gran odio. Este aflijido, una de las veces que visitaba la ermita, pidió consejo a la Cruz, respondiéndole: "No temas, que yo te ayudaré", y desclavando su brazo le dio su bendición.

Con el transcurso de los años, el pueblo repuso aquel Cristo de Piedra, mandando labrar una Cruz semejante a la anterior, que milagrosamente se había marchado al Castañar para iluminar a aquellos clérigos.

Isidoro Jiménez.